

La biblioteca de Suecia

Emilio Pascual*

LA ENCICLOPEDIA DE LOS MUERTOS

PRIMERA EDICIÓN: 1938



Danilo Kis (1935-1989)

No es una biblioteca: es *la* biblioteca. Su condición espectral parece solicitar una visita condigna; por ejemplo, hacia las once de la noche y tras asistir en el Teatro Nacional de Estocolmo a una representación de la *Sonata de los espectros* de Strindberg. ¹ Puedes oír cómo se cierra la puerta tras de ti, sentirte en la biblioteca como en una casamata. En ella se alberga la célebre, la monumental *Enciclopedia de los muertos*.

Es también una biblioteca incomparable, como la de aquella abadía sin nombre situada en algún impreciso lugar de la cresta de los Apeninos: corrientes de aire, como en la abadía; salas idénticas, comunicadas entre sí por estrechos pasadizos; bombillas de exigua luz; telarañas... Pero lo verdaderamente importante es la brumosa *Enciclopedia*, que se propaga sin término por sus polvorientas galerías. Cada sala contiene una letra de la *Enciclopedia*, y cada tomo de cada sala, encadenado como un galeote, está sujeto con una gruesa cadena a anillas de hierro fijadas en los estantes, igual que en las bibliotecas medievales.

Biografías al detalle

«Lo que hace de esta enciclopedia algo único en el mundo —aparte de existir un único ejemplar— es su forma de describir las relaciones humanas, los encuentros, los paisajes, la multitud de detalles que constituyen la vida de un hombre.» No hay dato que no merezca ser reseñado, por insignificante que parezca: todos los actos humanos tejen ese intrincado tapiz cuyo oculto significado, desvelado en la *Enciclopedia* como en un juicio final ² justifica o reprueba una existencia. Sancho se hacía cruces de espantado viendo cómo pudo saber el historiador que las escribió las cosas que él y su señor pasaron a solas: aquí asombra comprobar cómo la biografía de un ser puede quedar transcrita con detalle a pocos días de su muerte.

La *Enciclopedia* no abarca la historia desde los orígenes, sino desde 1789, una fecha significativa; tampoco recoge siempre nombres que la arbitrariedad de la fama ha designado como «famosos»; por el contrario, su objetivo es «corregir la injusticia humana y conceder a todas



Danilo Kiš La Enciclopedia de los muertos



El Aleph

las criaturas de Dios un mismo lugar en la eternidad». De ahí que «la única condición para entrar en la *Enciclopedia de los muertos* es que la persona cuyo nombre figure en ésta no aparezca en ninguna otra enciclopedia».

Su estilo es único: esa insólita combinación de «concisión enciclopédica» y «elocuencia bíblica», ese «rápido desfile de imágenes», esa «extraña simbiosis» de pasado, presente y futuro, producen en el lector la misma impresión de bosque y árbol que la prodigiosa memoria de Funes. Ya vimos que Ireneo Funes era capaz de recordar «no solo cada hoja de cada árbol, de cada monte, sino ca-

da una de las veces que la había percibido o imaginado». Del mismo modo, la *Enciclopedia de los muertos* anota «cada actividad, cada pensamiento, cada soplo creador, cada cota inscrita en el registro, cada pala de barro, cada movimiento que haya desplazado un ladrillo de los muros derrumbados»... Su precisión y minuciosidad son asombrosas: «allí no falta nada, ni el estado del camino, ni los colores del cielo», ni «la atmósfera de la época», ni siquiera la filosofía, «si es que la filosofía es una reflexión sobre el sentido de la existencia humana»...

Una reflexión sobre el sentido. Las

biografías al uso no suelen reparar en los detalles menores que configuran la vida de un ser: un atardecer apacible, una tormenta, una varilla de paraguas convertida en flecha, el perfume olvidado de una rosa, una carta inesperada, la frase feliz de un profesor que jamás recordó haberla pronunciado, un amor a deshora, una nevada intempestiva... La *Enciclopedia de los muertos* no olvida una mujer sin importancia, ni sobrevalora la importancia de llamarse Ernesto; el lector lee como si viviera los sucesos.

De este modo, la *Enciclopedia* es «un verdadero tesoro». Nada deja de ser registrado. Los autores de la *Enciclopedia*, «ese grandioso monumento a la semejanza, insisten en lo particular: cada ser humano es para ellos sagrado... no existen en la vida humana ni cosas insignificantes ni una jerarquía de los acontecimientos... La historia es la suma de los destinos humanos, un conjunto de acontecimientos efímeros». ³ Los redactores reciben la documentación de toda una legión de eruditos dispersos por el mundo, que envían periódicamente sus mínimos datos a la central de Estocolmo. Es motivo de consuelo, quizá solo de resignación, comprobar que todavía queda en este mundo alguien que anota y valora «cada vida, cada dolor, cada existencia humana».

Hace cien años, Alfred Nobel instituyó el premio que lleva su nombre. Todo premio Nobel debería aprovechar la recepción del premio para consultar la *Enciclopedia*, siquiera para verificar la rectitud o el exceso del renombre de sus predecesores. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Las últimas palabras de la *Sonata* parecen un pasaporte para la singularidad de la visita: «¡Que el Señor de los Cielos te sea propicio en el viaje!».
2. Esto del «juicio final» es una metáfora propia. Me autoriza a emplearla el hecho objetivo de que los redactores de la *Enciclopedia* «creen en el milagro de la resurrección». De ese modo, en el día terrible en que se desquiciarán los cielos y la tierra, «este registro será el gran tesoro del recuerdo y la prueba, única en su especie, de la resurrección».
3. En ella se hace realidad la sospecha de Plinio: «*In bibliothecis loquuntur defunctorum immortales animae*». No en vano preside la Bibliotheca Aurea.